



MARIPOSAS EN TU ESTÓMAGO

MI EFECTO MARIPOSA

NATALIE CONVERS

bookat

Mariposas en tu estómago

Novela

Natalie Convers

Mariposas en tu estómago

Mi efecto mariposa

Partes IV, V y VI

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Natalie Convers, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avinguda Diagonal, 662, 6.^a planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

Ilustraciones del interior: © Freepik

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2016

Depósito legal: B. 20.817-2016

ISBN: 978-84-08-16262-9

Composición: Atona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

CAPÍTULO 1

BECA

—Rebeca...

Mi nombre muere en sus labios como si nunca se hubiera pronunciado. Alguien, Alex o Eduardo, me observa unos instantes con los ojos muy abiertos, sorprendido de que me encuentre frente a ellos en aquel oscuro lugar.

No puedo responderle. No puedo moverme y no sé qué decir o qué pensar. Noto que la sangre me recorre el cuerpo. Una extraña sensación de frío sube desde mis pantorrillas y me hiela la piel a medida que avanza, hasta que muere en mi garganta. Esto no es bueno: tal vez no debería haber escuchado esa conversación.

Pestañeo rápido y me llevo una mano a la cabeza. Veo que el gesto de la boca de Alex se endurece, y él avanza hacia mí, como si quisiera decir algo. De pronto, cuando está a un solo paso de donde me encuentro, oigo el ruido inconfundible de alguien que se desploma como un peso muerto.

A cámara lenta, desvío toda mi atención hacia el lugar donde ha caído el bulto, que es el cuerpo de Elisa.

Parece una muñeca rota y mueve sin control las extremidades en todas direcciones. Apenas unas décimas de segundo después, noto que Alex se vuelve para mirar hacia donde yo miro.

Elisa está convulsionándose de manera muy preocupante. Es la primera vez que presencio un ataque epiléptico y me siento impresionada. Lo identifico porque la madre de Miguel ya ha tenido algún episodio similar y me ha hablado de ellos.

No puede ser que esté sucediendo precisamente ahora...

—Mierda —murmura Alex al mismo tiempo que se quita de prisa y con brusquedad su camisa y la convierte en un almohadón provisional. A continuación, se las arregla para acercarse lo suficiente a Elisa y colocárselo bajo la cabeza, aunque se enreda con sus brazos y piernas. Angustiada, descubro que por una de las sienas de Elisa discurre un hilillo de sangre debido al golpe que ha recibido al perder la conciencia—. Quédate donde estás, Beca —me ordena Alex con dureza al notar que intento acercarme—. Puede ser peligroso —agrega con suavidad al ver mi cara asustada.

No parece importarle que él también pueda salir herido.

Asiento a lo que dice con un movimiento de la barbilla, pero mantengo los labios entreabiertos por la inquietud: no puedo evitar estar preocupada por él y por Elisa. Con los dedos temblorosos, abro mi bolso y busco algo que pueda servirle: encuentro un lápiz y un pañuelo y se los doy de inmediato a Alex. Este los coge sin decir nada, prepara hábilmente con ambos un mordedor casero y se lo introduce a Elisa entre los dientes.

En el primer intento, Alex falla por muy poco y ella casi lo muerde. «¡Dios mío!», pienso.

Desde donde estoy, a un par de metros de él, le oigo murmurar una palabra en lo que supongo que debe de ser ruso: no parece significar nada bueno.

—¿No debería llamar a una ambulancia? —sugiero, y comienzo a sacar mi móvil.

Elisa suelta varios gemidos que logran acelerarme el corazón. A pesar de la mala relación que tenemos, ahora mismo solo puedo pensar en que su seguridad es lo primero.

—Espera. —Alex me detiene con firmeza—. No llames todavía.

Aparentemente calmado, Alex mira la hora en su reloj de muñeca y tensa la mandíbula, como si no fuera la primera vez que pasa por algo así. Está esperando algo, pero... ¿qué es?

De nuevo, Alex se aproxima con cautela a Elisa. Sus estudiados movimientos se acompañan de un susurro tranquilizador y tierno. En su mirada no observo ni un ápice de temor, repugnancia o lástima. Ruborizada por la intensidad de las emociones que siento al mirarlos, me fijo en el cuidado que Alex pone para no herir a Elisa cuando la toca.

Al final, Alex consigue colocar con gran paciencia el mordedor en la boca de Elisa mientras ella continúa sacudiéndose con fuerza y agresividad.

Me siento agotada y descorazonada porque no puedo hacer nada mientras espero para que el ataque cese pronto. Sin embargo, Alex debe de sentirse peor que yo, al tratarse de una amiga tan cercana.

De repente, algo se desliza de uno de los bolsillos de Elisa durante una fuerte convulsión y cae al asfalto: es

un móvil. Esquivando un manotazo, Alex salta a recogerlo al instante. Tras situarse a una distancia prudencial de ella, se acerca a mí y me lo pasa. Con la expresión concentrada, frunce aún más el ceño al mirar de nuevo la hora en su reloj.

—Tres minutos —comenta Alex en voz baja para sí mismo. Luego levanta la cabeza y me observa fijamente—. Ve a buscar a Sara y cuéntale de mi parte lo que ha sucedido. Dile que regresaré al trabajo en cuanto la situación mejore.

—No puedo dejarte solo con ella —digo—. ¿Y si luego necesitas mi ayuda para moverla o...? —Me quedo callada por la frustración que me quema por dentro.

Alex apoya una de sus manos sobre mi hombro con expresión grave. Su presión hace desaparecer parte del frío que se ha introducido por el cuello de mi abrigo negro de paño. Hay mucha humedad en el aire; casi puedo oler la lluvia que seguramente comenzará a caer dentro de poco.

Sintiéndome impotente, le devuelvo la mirada a Alex: sus ojos azules parecen más oscuros por la poca luz que hay, pero aun así puedo percibir que él será capaz de arreglárselas mientras yo no esté.

—Voy a llamar a una ambulancia. Entretanto, alguien tiene que avisar a los demás. Solo puedo confiar en ti, Rebeca. Te necesito, y Elisa también —dice al mismo tiempo que teclea el número de urgencias en su teléfono.

Me muerdo el labio inferior mientras me debato entre hacer lo que me pide o insistir en que quiero quedarme con él.

—Rebeca... —me llama de nuevo, con más severidad.

Aprieto con fuerza el puño de la mano derecha: mi faceta responsable ha ganado la batalla.

—De acuerdo, avisaré a los demás, pero luego regresaré de inmediato —le advierto.

—Está bien, Rebeca —me responde mientras dirige su mano hacia mi nuca y me atrae hacia él hasta que su frente queda apoyada sobre la mía. Ese pequeño roce de despedida de apenas unos segundos provoca que mi corazón salte—. Sé que lo harás —murmura antes de soltarme, y se aleja para contestar a la teleoperadora que hay al otro lado de la línea del teléfono.

—Ten cuidado —vocalizo silenciosamente. Él me responde con un gesto de asentimiento.

Me quito el abrigo y, mientras señalo a Elisa, se lo doy a Alex para que la cubra con él. Por ahora es todo lo que puedo hacer por ella.

A continuación, echo a correr de nuevo hacia la discoteca. Durante el camino, he de empujar y esquivar a varias personas que están haciendo cola. Algunas tratan de frenarme agarrándome de la ropa, pero logro desembarazarme de ellas. Oigo muchas protestas a mi alrededor, pero eso ahora no importa. Tengo que encontrar a Sara y volver deprisa.

Voy tan rápido que a uno de los dos gorilas que hay en la entrada le cuesta detenerme. En cuanto su enorme brazo se interpone a la altura de mi cintura y me rodea, siento que algo explota dentro de mí.

—¡Quieta, nena! ¿Tanta prisa tienes por entrar? —dice el gorila en tono burlón—. El sello —exige en un tono grave, pero sin perder la arrogancia en su voz, como si hubiera visto muchos casos similares de gente que intentaba colarse echándose a correr hacia el portero.

«¡Fantástico!», pienso. De golpe tengo el corazón en la boca. No me han sellado la mano porque he entrado acompañada de Alex. «¿Qué hago ahora?», me pregunto nerviosa.

Al alzar la vista para mirar al tipo, me encuentro con una persona de constitución robusta y con la cabeza rapada al cero.

Resoplo y levanto aún más el mentón. Con la postura todavía firme, considero mi situación.

Los anteriores «puertas» que me han dejado pasar cuando he llegado con Alex han debido de acabar su turno hace unos minutos, y ahora hay dos personas nuevas. El que me ha parado me mira y exhibe una dura media sonrisa. Me fijo en sus extremidades superiores: tiene varios tatuajes en color de serpientes que me resultan tenebrosamente familiares.

Pestañeo y, olvidándome del viento helado que acaba de pasar como una ola y me ha revuelto el pelo, le devuelvo al engréido tipo una mirada confiada. «De algún modo me va a dejar entrar —juro—, aunque él todavía no lo sabe.»

La persona que tengo ante mí resulta ser el mismo portero que estaba cuando vine con Alex por primera vez al Florida Night, el día de mi cumpleaños... Tal vez eso me dé una oportunidad. Me observa curioso y yo le devuelvo la mirada sin amilanarme.

Satisfecha, imagino que el hombre también me ha debido de reconocer: su expresión se ha vuelto más amigable. No obstante, noto que parece más interesado en hacer un análisis exhaustivo de mi pecho que en mantener cualquier tipo de conversación seria conmigo.

Empiezo a dudar: tal vez su sonrisa no se deba a que sabe quién soy..., ¿o quizá sí que lo recuerda?

—Necesito encontrarme con tu jefa Sara —digo—. Tengo un mensaje urgente para ella. —Noto que el gorila vuelve a observarme desconfiado. Me aclaro la garganta para ocultar mi impaciencia. Soy consciente de que he empezado mal y vuelvo a intentarlo—. Una chica ha sufrido un ataque epiléptico en el aparcamiento y tu compañero, Alex Kirov, se está haciendo cargo de ella ahora mismo —explico tan rápido que me quedo sin aliento—. Dentro de poco llegará una ambulancia —agrego, y aliviada observo que el hombre, aún sin responderme, toma su móvil entre sus grandes manos y marca un número de su agenda.

—¿Cómo te llamas? —pregunta ásperamente.

—Rebeca —contesto de inmediato.

Al instante, se vuelve un poco y, sin perderme de vista, intercambia algunas palabras con la que supongo que debe de ser Sara. Observo que asiente de manera casi imperceptible a todo lo que ella le dice.

En cuanto termina de hablar, el gorila avisa con un ligero gesto de la cabeza a su compañero. Este, que ha estado prestando atención sin intervenir, no necesita palabras para entender al momento el mensaje, y se marcha hacia el aparcamiento para comprobar lo ocurrido.

—Has tenido suerte. Ahora mismo, Sara está en su despacho —me confirma el tipo con una amabilidad desbordante que no pega con sus rudas facciones—. Ve por el área de servicio y, si tienes algún problema, di que vas de parte de Iván. Sara te estará esperando —me dice. Después me deja pasar y pierde todo el interés en mí.

—Gracias —le respondo a pesar de todo, y salgo disparada hacia el interior de la discoteca, en direc-

ción a la oficina de Sara. Sigo las indicaciones que Iván me ha dado e ignoro las quejas de la gente que hace cola.

Por suerte, no tardo mucho en encontrar el camino, en medio del ruido y la apabullante multitud de personas que bailan. Todas parecen estar felices celebrando su amor: sostienen en alto los corazones fosforescentes que una chica disfrazada de conejita regala a todas las parejas que encuentra a su alrededor.

Apenas me doy cuenta de que ella se me acerca y me ofrece un corazón. Pero entonces una persona se mete en medio y yo me largo acelerando el paso con verdadera urgencia.

«Yo iba a ser una de esas felices chicas que se agarran al cuello de su novio mientras este les rodea la cintura con la mano y les susurra intimidades al oído», pienso afligida.

Con más facilidad de la que me esperaba, consigo pasar desapercibida el resto del camino y accedo al pasillo que conduce a las puertas del personal.

No obstante, mi suerte acaba pronto: un atractivo chico de piel oscura y un magnífico cabello lleno de rizos negros se interpone en mi camino. Lleva una bandeja repleta de vasos vacíos y, tras echarme un vistazo rápido, frunce el ceño.

Es obvio que aquí no soy bienvenida.

—Vengo de parte de Iván —le advierto antes de que él diga nada—. Por favor, ¿puedes decirme dónde está el despacho de tu jefa?

Él se hace a un lado de inmediato, como si el nombre de Iván fuera un código secreto que permitiera abrir cualquier caja fuerte del mundo, y me mira con curiosidad.

—Es la puerta que está justo al fondo —responde sin dejar de observarme.

—Gracias —me despido, sin perder ni un minuto más de lo necesario.

De manera inesperada, un instante antes de llamar a la puerta de la oficina de Sara, noto vibrar el móvil de Elisa. Casi me había olvidado de que lo llevaba. Molesta por la distracción, echo un vistazo impaciente a la pantalla.

—«Zorra astuta» —leo en voz baja, y siento un mal sabor en la boca al hacerlo.

Incómoda, hago caso omiso de la llamada y me vuelvo, decidida a llamar a la puerta otra vez, pero la persona a la que Elisa ha puesto el nombre de «zorra astuta» en su agenda insiste de nuevo.

«Tal vez sea algo importante», pienso. Inquieta, me vuelvo de espaldas y me tapo la oreja para atender la llamada con más calma.

—Por fin contestas, hija. Se supone que esta mañana teníamos cita en el médico. ¿Por qué no te has presentado? ¿Qué ha ocurrido esta vez?

«¿Hija?» Me quedo paralizada al oír esa voz inconfundible e intuir el significado de sus palabras.

—¿Eres la tía de Alex? ¿Eres Sofía? —pregunto, y me noto la saliva pastosa en el paladar.